

Deleuze y Guattari, hasta la redefinición de lo binario, finalizando con el análisis de los lenguajes de lo trágico.

Tanto el análisis filosófico y temático como el formal permiten a Emmanuelle Garnier concluir con la tesis de que el conflicto histórico del género trágico se ha trasladado a territorios adyacentes, como son los relacionados con la voz interior de los personajes. Esta traslación permite superar la aporía trágica y vislumbrar una resolución al conflicto. Por otro lado, ese viaje del “monstruo” a lo profundo de la esencia humana pone de manifiesto las fuerzas que golpean a los personajes, en especial, la muerte. Este discurrir lleva a las dramaturgas al vértigo existencial propio de la naturaleza humana. Este vértigo pretende ser superado mediante la búsqueda de la verdad dramática a través del muy femenino arraigo en el presente. En este punto, Garnier expone la, a juicio de quien escribe estas líneas, principal conclusión de tan prolijo estudio: la marginación deja de ser un estado coyuntural prolongado para convertirse en esencia. Esencia del presente con el que la mujer reescribe y rediseña el proteico universo de Melpómene. A través de esta y otras razones reseñadas en estas líneas, se pone de relieve que *Lo trágico en femenino* es un estudio imprescindible para ahondar en los fundamentos filosóficos y formales de la dramaturgia femenina española contemporánea, y cuando decimos dramaturgia femenina, estamos diciendo dramaturgia.

*Eladio Sánchez Martínez*

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Estudios sobre lírica medieval*, Madrid, CECE, 2014, 342 páginas.

El presente volumen —fechado en 2014, pero que sólo se ha puesto a la venta entrado ya un tanto 2015— se presenta como volumen de una nueva serie que se anuncia en portada: “Filología: los maestros”; nada se nos dice de tal serie, que acaso va a editar compilaciones antológicas de filólogos ya desaparecidos quizá en buen número. Se inicia así con Menéndez Pidal, de quien se agrupan ahora sucesivos textos suyos —no todos, quizá en razón del espacio disponible— en torno a la lírica medieval peninsular.

No debe extrañar una nueva edición de Menéndez Pidal, editado y anotado eruditamente por Ernesto Barroso y Marta Latorre: si se va a hacer hablar a los maestros españoles de la Filología, el primero de ellos en nuestra contemporaneidad es don Ramón, más propiamente filólogo que el aún vigente Menéndez Pelayo, quien se dedicó a lo literario —no a lo idiomático—, pero asimismo a la estética principalmente de las letras bellas y a los problemas religiosos de la historia española.

Menéndez Pidal es un autor clave en los estudios filológicos, pero desde hace ya años se halla desatendido por la generalidad de los estudiosos españoles, hecho que ocurre dentro de la quiebra de la filología entre nosotros a la que asistimos. No es ocioso poseer una cierta formación filológica antes y a la vez que se elige una temática más especializada: la evidencia empírica muestra que si falta esa formación filológica inicial, resulta muy probable que se incurra en errores incluso elementales y —diríamos— de Bachillerato.

Personalmente nos parece que escapa a toda razón que no sea la editorial-económica, el hecho de que el *Manual de gramática histórica española* pidalino se halle fuera del

comercio y no se pueda adquirir; Espasa también falta al respeto al autor gallego-asturiano al haber despojado de sus mapas intercalados las últimas reimpresiones de *Orígenes del Español*.

Según decimos, Menéndez Pidal continúa resultando un autor fundamental y vigente, aunque su obra reciba rectificaciones y complementos, como ocurre siempre en la historia de los saberes especializados. Si no ocurriese así, si no resultase un estudioso imprescindible, seguramente los responsables de esta serie editorial “Filología: los maestros” no se hubiesen decidido a componer el presente volumen.

Un rasgo muy negativo de los actuales estudios filológicos en España —nos referimos a los estudios acerca de la lengua patrimonial española o castellana— es según queda dicho la quiebra de tal enfoque filológico: se leen a veces consideraciones melifluas sobre el estilo idiomático de algunos poetas grandes; acepciones disparatadas de las palabras o las lexías complejas; errores en la cronología muy llamativos; etc. El conocimiento de los grandes rasgos de la historia española y un cierto saber acerca de su historia literaria resultan necesarios al estudioso de la historia de la lengua. Así y por ej., la cátedra de “Gramática General y Crítica Literaria” de la Universidad de Salamanca en los treinta años largos en que estuvo dotada y acaso alguna cátedra más (Cáceres, etc.), propugnó a través de varios de sus profesores —desde su primer titular, F. Lázaro Carreter— la unicidad de estudio de la lengua y la literatura en la forma de estudio de la lengua literaria.

Menéndez Pidal fue y sigue siendo un maestro grande en verdad de la Filología, pero por desdicha, distintos profesores que no lo han leído lo tienen desterrado de los planes de estudio y programas de las asignaturas, y

no lo han leído entre otras cosas porque sus obras están fuera del mercado editorial.

Las tesis pidalinas en torno a la lírica medieval peninsular son bien conocidas, por lo que cabe ahora esbozar sólo la glosa de algún pasaje concreto. Un hecho en el que insiste nuestro autor es el de que el lenguaje empieza por ser oral y vulgar antes de llegar a escribirse, y de la misma manera el género literario en la misma comunidad humana “surge de un fondo nacional cultivado popularmente” antes de que lo traten los cultos: “lo indígena popular está siempre como base de toda la producción literaria de un país”. Lo idiomático y lo literario surgen y se cultivan en las ocasiones de la vida diaria popularmente; la cultura hará luego una lengua escrita y nivelada, y unas letras artísticas asimismo en registro culto.

Rasgo peculiar de esta lírica medieval analizada por don Ramón es el de las recurrencias paralelísticas, tal como lo enuncia: “El lirismo desborda en repeticiones; éstas agrupan entre sí dos pareados iguales en la idea, iguales casi en las palabras, salvo con rima diversa, formando así un acorde musical de dos frases paralelas [;] a esos pareados gemelos siguen otros dos que repiten la mitad de los anteriores, y en estas reiteraciones insistentes el afecto del alma se dilata, se remansa, reposa”.

Tenemos por tanto en la tradición peninsular un fondo idiomático y lírico con similitudes en parte y también con peculiaridades y diferenciaciones: resulta de esta manera cómo “entre las cantigas de amigo gallegoportuguesas y los villancicos de amigo castellanos hay una evidente relación, explicable por una común tradición popular”, tradición común que por igual nos explica las serranillas indígenas. Los cantos líricos populares —dirá también don Ramón— “nacieron en toda la Romania a la

vez que las lenguas románicas nacían, diferenciándose cada vez más del latín escrito”.

En varios de los estudios pidalinos que se nos ofrecen ahora agrupados, Menéndez Pidal trata del lenguaje de la denominada lírica mozárabe y enuncia que efectivamente la lengua de las jarchas en cuanto canciones románicas “no es castellana”, no posee los rasgos dialectales del castellano: sus arcaísmos “reflejan bien la lengua muy estacionaria usada como lengua de substrato y de intimidad familiar en el Ándalus”. Pues en efecto —nos dice el autor en otras páginas— “las jarchyas hablan un dialecto muy anterior a la hegemonía literaria del castellano y que remontan a cierta unidad lingüística peninsular”.

Como se sabe, nuestro autor se forjó una imagen del primitivo mapa idiomático peninsular según la cual en un fondo latino/romance sobresalió con los siglos la disidencia castellana: el castellano se expandió territorialmente, pero no sólo el castellano resulta el origen de todas las realidades dialectales rastreables en el territorio peninsular.

Ramón Menéndez Pidal analizó los orígenes de lo que sería luego la lengua escrita y literaria (en sentido amplio) española; estudió asimismo la épica castellana y el romancero hispánico; escribió el capítulo de “los orígenes de nuestra poesía lírica buscados en sus fundamentos y raíces más indígenas o nacionales” (que es el capítulo encerrado en este volumen): todos los orígenes de la lengua y las letras peninsulares quedaban reconstruidos así arqueológicamente.

El libro presente lleva un “Prólogo” de Margit Frenk, autoridad mundial en la materia, aunque con toda honradez hay que decir que se hubiese esperado algo más de tal Prólogo.

*Francisco Abad*

MUÑOZ, ISAAC, *Voluptuosidad*, edición de Amelina Correa, Sevilla, Renacimiento, 2015, 325 páginas.

Sin lugar a dudas, Isaac Muñoz (Granada, 1881-Madrid, 1925) fue uno de los más vigorosos escritores modernistas, quien, desde un hondo orientalismo decadente, concibió una obra literaria sobrecogida por un provocador signo de alteridad vital y estético. Acaso el triunfante anhelo de transgresión propició el silencio póstumo. El autor granadino es casi como ningún otro de aquellos modernistas olvidados, una “exquisita rareza” abandonada por los cánones literarios actuales. La merecida recuperación del escritor viene sucediéndose en los últimos años por el loable trabajo de Amelina Correa, autora del imprescindible *Isaac Muñoz (1881-1925): recuperación de un escritor finisecular* (1996), investigación que ha cimentado el verdadero rescate de su lectura, como es la edición de sus novelas, inaccesibles todas desde sus únicas publicaciones de principios de siglo xx —*La serpiente de Egipto*, manuscrita, se imprimió por primera vez en 1997—, y de su singular y breve faceta lírica, *La sombra de una infanta* (1910) —reeditado en el 2000—, probablemente el poemario de más acaudalado decadentismo en el entorno hispánico. En este renacido periplo editorial de Isaac Muñoz, se presenta ahora *Voluptuosidad* (1906), novela que, ambientada en territorio español, presagia en un ulterior episodio tangerino el peculiar orientalismo islámico del autor. Curiosamente, de este mismo año, 1906, datan sus primeros viajes por el norte de África. Conocimiento y seducción por el mundo árabe que desarrollará, a su vez, en varios estudios y en la prensa del momento —sobre todo en el *Heraldo de Madrid*—, por la que se fraguó una reputada carrera periodística.